

www.elboomeran.com

LA LLAMA DANZANTE

Paisajes narrados, 54

José Luis de Juan
La llama danzante

editorial  minúscula
BARCELONA

© 2013 José Luis de Juan Clar

© 2013 Editorial Minúscula, S.L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: noviembre de 2013

Diseño gráfico: Pepe Far

Imagen de la cubierta: © 1973 José Luis de Juan Clar.

Esta obra obtuvo el Premio Ciutat de Palma Camilo José Cela de novela en castellano, 2012. Formaron el jurado Ignacio Vidal Folch de Balanzó, Berta Vias Mahou y José Vidal Valicourt.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-95587-99-2

Depósito legal: B-26.206-2013

Printed in Spain

A Bine

*Eternal genii of dancing flame
Armed with the irreproachable secret
Of love, which is: never to turn back.*

ROBERT GRAVES

I. Cactus

Conduce mirando la corriente fangosa del río Gila mientras Lotte habla de Hansel, que no se llama Hansel. Tampoco la niña se llama Gretel, aunque él les llama así, Hansel y Gretel. A Lotte le preocupa que su hijo apenas quiera hablar con ella por teléfono. Él piensa que es normal, los niños se centran en lo que hay alrededor y su madre está muy lejos. Quizá nunca vuelva. Eso no se lo dice porque sabe que los dos niños representan para Lotte casi todo en su vida.

Le viene a la memoria aquel día que Hansel invitó a un amigo de la escuela y discutieron, no por un juguete, sino más bien por un asunto de geografía. Les oía gritar desde la habitación del fondo, después de haber estado ocupados un buen rato en sus misteriosas diversiones. Hansel sabía todas las capitales del mundo y a qué países correspondían, reconocía todas las banderas del planeta. Había leído todos los libros de Karl May a sus siete años y empezaba a releerlos.

Monte-video! Ist Monte-video!

Pero el amigo no estaba de acuerdo, decía otra capital de Sudamérica, no tiene presente ahora cuál, sin reconocer que Hansel nunca se equivocaba. No en geografía, desde luego, ni en la mayoría de cosas que había llegado a saber por sus propios medios, fuera a través de su manoseado atlas, la enciclopedia o gracias a la bola del mundo, que se mantenía en pie de puro milagro en su escritorio abarrotado con toda clase de objetos. La discusión empezó a convertirse en una pelea de verdad. Agotados los razonamientos, estaban pasando a las manos.

Entonces oyó carreras por el pasillo y vio que detrás del niño pecoso, pelirrojo, con gafas, típico en casi todo excepto en que era menos inteligente que su compañero de clase, iba Hansel con su navaja suiza, la hoja abierta, persiguiéndole. Lo acorraló en la cocina, donde él solía refugiarse para leer el periódico, sentado en la pequeña terraza que daba al jardín comunitario. El primogénito de Lotte levantó la mano con rabia y la intención de ensartarle, mientras el otro daba patadas y mostraba tanta rabia como su oponente, aunque antes le había parecido un niño pacífico, inofensivo.

Hansel no quería darle la navaja, tuvo que quitársela a la fuerza. Y él se la dio luego a Lotte, cuando le contó el incidente, para que la guardara, pues ella estaba en ese momento con la vecina de abajo hablando de la barbacoa que preparaban para el fin de semana. Pero a la mañana siguiente vio la navaja suiza tirada en la cama de Hansel, junto al edredón hecho un ovillo, sucio de polvo y migas de pan.

Al menos ese día Lotte le enseñó unas palabras mágicas. Tenía que decirlas cuando Hansel se pusiera violento y tomase algo con lo que amenazar, si no le bastaba la voz, que él ya encontraba bastante amenazante, por la arrogancia que encerraba y el significado para él incierto de sus palabras. Cuando tomase una piedra de su cuarto, el bate de béisbol, el coche de bomberos de hierro, un Karl May muy grueso de tapas duras y cantos punzantes, edición especial regalada por el abuelo, o incluso alguno de los cuchillos de la cocina que venían de los tiempos de la república de Weimar, buen acero, el mejor, y que Lotte afilaba con regularidad, con la misma regularidad que se hacía cortes que pasaban por involuntarios en los dedos, las manos, las muñecas, a veces incluso la cara, entonces tenía que decirle a Hansel con voz firme, mirándole a los ojos, eso último era importante según Lotte:

Lass das sein!

Ese «¡deja esto!» sonaba mucho más autoritario y eficaz en alemán. Sobre todo recuerda la luz de esa tarde de navajas y capitales de Sudamérica en la casa de Nippes. Era una luz reflejada por el edificio, a la tarde iluminado por el sol, que se veía al fondo del jardín y que estaba presidido por la palabra «Kapital», pues allí tenía su sede la revista alemana de negocios. Desde la terraza se divisaban las inmensas copas de los dos cerezos, que empezaban a estar salpicados ya de frutos pequeños, verdes, con algún amago de rojez. Del primero, a la izquierda, colgaba un columpio, cerca de la zona de juegos y la portería pintada con tiza en el muro de

ladrillo rojo. Incitado por Lotte, aunque a él no se le hubiese ocurrido, jugó varias veces al fútbol con Hansel, pero los dos se cansaban enseguida. Los regates se perdían en la fronda junto a las matas de fresas silvestres, cada uno iba por su lado, como si estuviesen en lugares diferentes.

Estaban en lugares diferentes. Al menos él no estaba allí. En ese momento y en otros momentos. Bajo el segundo cerezo, que quedaba a la izquierda y más atrás, había una hamaca de color crudo. Tendido en esa amplia hamaca con Lotte a su lado, cuyos pies estaban apoyados en su hombro derecho, leía o cerraba los ojos intentando no pensar en su casa ni en su familia, dejando que el frescor y la quietud de la tarde, el silencio del jardín solo perturbado por la voces perentorias de Hansel y Gretel, que llamaban a su madre, le envolviesen y le convirtiesen en otro.

2

El Gila es el primer río que ven desde que salieron de Villa Aurora, a las afueras de Los Ángeles, donde Lotte y él están viviendo un tiempo. Se han parado varias veces y en cada etapa se hace más evidente la proximidad del desierto.

Atraviesan las calles con todas las ventanas del Chevrolet bajadas mientras lentamente se pone el sol, aplastando la llanura de Arizona. Yuma, por lo que han visto hasta ahora, es una sucesión de arrabales de casas bajas con talleres de carrocería de coches y esquinas alejadas. Un paisaje

de calles interminables con automóviles aparcados, algunos con el capó abierto, sin gente, sin figuras. Quizá estamos en el lado equivocado de la ciudad, dice ella mirando el mapa que aparece en su guía. Cansados de dar vueltas en coche pasando varias veces por el mismo punto, vuelven al cruce donde han visto un motel que tenía buen aspecto.

En la recepción, una caseta de madera plagada de chapas en las paredes y banderines de muchos lugares, no hay nadie. Hace más calor en la caseta que fuera. Es un calor envolvente, tan seco que parece posible lavar la ropa dejándola tendida unos instantes.

La mujer rubia entrada en carnes se sorprende cuando él dice que solo van a pasar una noche, como si nadie pasara una sola noche en Yuma. A la pregunta de en qué dirección se encuentra el río Colorado, la mujer le da prolijas explicaciones que él no se esfuerza en retener.

En el motel hay una piscina vallada. Quiere zambullirse y nadar.

Lotte se sienta en un banco a escribir en su libreta verde, y de vez en cuando le mira ensimismada. El agua está fresca, sobre todo por contraste con la temperatura del aire. Mientras nada de manera enérgica piensa que ha sido una buena idea alejarse de Villa Aurora. La gente allí empezaba a cansarle. El excéntrico Klaus le cae bien, tiene un sentido del humor que comparte. Además, es amigo de Lotte y cuidó de ella durante las primeras semanas, antes de que él llegara a Los Ángeles. Pero cuando se juntan los cuatro, Klaus, Lotte y la pareja de artistas de Múnich, y se ponen a

discutir y bromear en su lengua durante horas y horas, se siente un bicho raro y se aburre de tanta palabrería que apenas comprende. Por suerte, hay un quinto inquilino en ese reducto alemán en Los Ángeles con el que se entiende bien, el kurdo Zeynel, cuyo precario inglés no entraña ningún problema de comunicación. Es una cuestión de afinidad, piensa. Y además Zeynel les ha prestado su coche, el Chevrolet, regalo de sus amigos kurdos, que él no puede emplear porque no sabe conducir ni tiene carnet.

Cada vez que saca la cabeza para respirar ve el cielo glauco de Yuma, que va virando a un tono azul a medida que el sol baja. El aire huele ligeramente a humo, el olor que deja un incendio apagado.

Lotte bosteza, le mira, se estira en el banco cerca de la piscina. En la Villa suele trabajar tendida en la cama rodeada de papeles y de vez en cuando él la encuentra dormida. Puede echar al menos cuatro cabezadas en un mismo día, cosa que él envidia porque el sueño le resulta esquivo, sobre todo desde que llegó. Además, ella no tiene problemas con el lenguaje, con el habla, en ningún idioma de los que sabe y menos aún en su lengua materna. Lotte podría no tener cuerpo y ser solo voz, canto. Su voz fue lo primero que le atrajo cuando aún no cabía imaginar otra seducción.

Hablan en francés, aunque cada uno hable a su manera, como si fuese un idioma inventado que sirviese para preservar la intimidad. Lotte habla de la primera vez que estuvo en Estados Unidos, con su amiga Berit. Están en un bar de Yuma, donde hay mesas de billar y gente que baila

en una pista de linóleo de color beige. En las paredes cuelgan viejos carteles de rodeos cubiertos de polvo. Dando la espalda a la pista de baile, hombres con sombreros de cowboy beben anchas jarras de cerveza rubia.

Berit cumplía veinte años, dice Lotte. Sus padres le regalaron un viaje a Chicago, donde vivían unos tíos suyos que apenas conocía, y me pidió que la acompañase. Estuvimos una semana en Chicago y otra recorriendo los lagos con una de sus primas, que nos llevó en su coche. Entramos en Canadá y fuimos a Montreal. Fueron las vacaciones más locas que recuerdo, nunca he vuelto a tener un ritmo tan frenético en la vida. Berit ya era algo excéntrica en esa época. Recuerdo que en la torre Sears un guardia de seguridad se precipitó sobre ella porque se había encaramado a un pilar y parecía que se iba a tirar.

Siempre estaba muy excitada, pero aún no llamaba la atención. Muchos de nuestros amigos eran así. Yo también, me adaptaba a ellos, aunque en el fondo era más reservada y distante debido a mi temperamento del norte. Berit tenía una energía arrolladora, me arrastraba, arrastraba a todo el mundo. Quería ser artista, de hecho ya se consideraba artista en la universidad. Siempre estaba dibujando, recogiendo objetos dispares en la calle para emplearlos en alguno de sus montajes, haciendo fotos extravagantes. Yo sentía el arte como algo afín, pero era incapaz de dibujar una silla o de combinar unos cuantos colores.

En aquellos años todos vivíamos la existencia enloquecida que nos rodeaba. Si me hubiera quedado en Bam-

berg, la universidad que escogí primero, quizá mi juventud hubiese sido un remanso de paz y aburrimiento. Colonia era un *happening* perpetuo, nada era seguro excepto la ansiedad por divertirse, de ir más allá de cualquier límite. Ahora resulta difícil imaginar lo que pasaba entonces, cuando el artista Martin Kippenberger, un maníaco desatado, reunía su séquito en el Hotel Chelsea, cerca de nuestro piso de Rudolfplatz. Todas las chicas querían estar con ese hombre alto, incansable bailarín. Nunca te rindas antes de que sea demasiado tarde, era su lema, y también el nuestro. El alcohol y la ofensa corrían con el ímpetu del Rin en sus fiestas. Berit y yo estuvimos en algunas y sobrevivimos a aquella locura.

Él piensa que su juventud fue mucho más normal que la de ella, en algunos aspectos, y que, no obstante, es también un milagro que sobreviviera.

Todo eso me fascinaba, prosigue Lotte, pero no era el tipo de vida que yo quería llevar más adelante. Y quizá tampoco Berit, que venía de una familia acomodada muy distinta a la mía. Ella tuvo más dificultades que yo para adaptarse, desprenderse de la resaca y seguir avanzando. Hace poco, Frank, de nuestro grupo de amigos, que hoy trabaja de productor en la televisión, me envió una lista de prioridades para el futuro que cada uno de nosotros había redactado como un juego en aquella época. Me chocó que en primer lugar yo había escrito que quería ser «ama de casa», casarme y tener hijos. Ninguno de ellos, menos aún las chicas, ni por supuesto Berit, había escrito algo parecido. Todos iban a ser artistas, escritores, actores, músicos, saltimbanquis.

Mientras va al lavabo, reflexiona acerca de la contradicción existencial de Lotte: vive a salto de mata *à la bohème*, y a la vez desea una apacible vida burguesa de ama de casa. Y él parece recorrer el camino inverso, sin duda para poder acomodarse al lado de Lotte, para parecerse a ella.

El bar de Yuma ha optado por el clásico LADIES / GENTLEMEN escrito con pincel y pintura blanca en las puertas de madera oscura. Espera que dentro haya algo más interesante. Desde hace años tiene la costumbre de tomar alguna imagen en los lavabos de bares y restaurantes, así como en los retretes públicos, con su pequeña cámara digital. Unas veces se trata de un grafiti escrito con prisas en el dorso de la puerta, otras del urinario o los grifos del lavabo. Le interesan los rótulos y los símbolos, muchos ya desfasados, como las sombrillas y los sombreros, o el abanico y la pipa, que diferencian a los hombres y las mujeres. Ha pensado en hacer una exposición o un libro con todo ese material reunido a lo largo del tiempo.

Observa la cadena que baja de la cisterna por encima de su cabeza mientras el chorro salpica el váter. Se imagina colgado de esa cadena, con el cuello torcido. No aguantaría su peso, de todas formas. Pero el de Berit tal vez sí. Era menuda y delgada. Ha visto algunas fotos de Berit, pero sobre todo su legado. La casa de Nippes está llena de cuadros y objetos suyos, desde la cocina hasta la habitación de Lotte: pequeñas bandejas de cartón alabeado con imágenes azules de conchas; un autorretrato de Berit fotografiándose en un espejo; una pieza fálica hecha con gomaespuma y

madera colgada de la pared de la sala de estar; una alcachofa repetida dos veces en el borde de una mesa de cocina, con el fondo desenfocado...

Se imagina a Berit como la describió Lotte la primera vez que habló de Berit, aunque Lotte no la vio así, se lo contó el marido de ella, del que ya estaba separado. Lo había intentado otras veces después de la operación de un tumor cancerígeno. Pero los medios habían fallado: un árbol demasiado frágil del jardín, un cuchillo no lo bastante afilado. Berit nunca llegó a ser ama de casa. No tuvo hijos y detestaba cocinar. Al final, uno de sus colegas artistas le dio la clave.

Con la precisión propia de su metódico adiestramiento, el común a todos ellos, Lotte y los demás, ese amigo le explicó cómo hacerlo de modo que saliese bien. Piensa en Beuys, con el rostro serio, el sombrero de ala corta cubriéndole la cabeza, en una de sus películas, en la que mueve una escalera de mano en una habitación blanca y va colocando barras de hierro contra la pared, inclinadas con un ángulo determinado como si no fuese fruto de la improvisación o del capricho, sino algo necesario.

Berit escogió el baño para su última instalación. Es curioso que años antes ya hubiese fotografiado cadenas de váter y un fondo de azulejos claros de juntas sombrías. El caño de donde colgaba la alcachofa de la ducha era fuerte, fabricación nacional, hecho a conciencia. El nudo debió de practicarlo durante días, su amigo se lo había advertido: eso era esencial. Así que el mediodía escogido para el acto lo hizo casi a ciegas, con improvisada precipitación. Decía el

poeta-forense Gottfried Benn, le explicó Lotte, que la gente se mataba en un impulso espontáneo, sin haberlo planeado aunque lo hubiese intentado muchas veces y hubiese rumiado largamente la manera, incluso el momento, la ocasión. Siempre era un gesto repentino, una sorpresa, algo inexplicable que nada tenía que ver con los movimientos realizados desde que la persona, Berit en este caso, se levantó aquel día de la cama.

Como ahora, por ejemplo, si al acabar de orinar, sin pensarlo dos veces, cerrase la tapa, se alzase, hiciese un rápido nudo con la cadena, no tan buena como la alemana, es cierto, y tratara de perder pie.